

# Domingo de Ramos

Mateo 21, 1-11; Isaías 50, 4-7; Filipenses 2, 6-11; Mateo 26, 14-27, 66

**«La multitud extendió sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada»**

17 Abril 2011 P. Carlos Padilla Esteban

**«Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza»**

**El miedo nos limita y nos corta las alas. Nos hace ver la vida con la perspectiva equivocada:** «Quien tiene miedo limita su realidad. La vida en sí no debería causar miedo, ni siquiera perderla, pero el que teme algo ya lo padece»<sup>1</sup>. Pero es cierto que nos causan miedo muchas cosas. Tememos perder lo que poseemos. Nos da miedo la soledad y el fracaso. Nos cuesta enfrentarnos a nuestros miedos. Los miedos nos limitan porque no nos dejan dar saltos en el vacío. El miedo al fracaso, a la soledad, al abandono. El miedo a perder la vida a la que con fuerza nos aferramos. Aquella primera Semana Santa estaba llena de miedos. Miedos de los discípulos. Miedo de Jesús. Miedo de María. No hay nada más humano que el miedo. Nuestra pequeñez y fragilidad se abren al abismo del miedo. Es el miedo que brota al pensar que no hay red debajo, cuando saltamos. Es el miedo al olvido, cuando nadie nos guarde ya en el recuerdo. Es el miedo a la vida que se escapa súbitamente, sin despedirse. El miedo, siempre el miedo echando a perder el valor para emprender la vida. Nacemos con miedo y lloramos y vamos atesorando seguros para impedir que el miedo irrumpa en nuestra seguridad quebradiza. El miedo a la soledad es ese terrible miedo a ser abandonados y despreciados. La humillación del abandono. La cruz es la expresión más fuerte de la soledad. Una persona me decía hace poco al hablar de la soledad que viven las mujeres que han abortado: «La soledad pienso que es peor incluso que la enfermedad. Una enfermedad “acompañada” es una enfermedad, cuanto menos, llevadera, pero una enfermedad “en soledad” puede llegar a ser insostenible, no soportable». La soledad de la incomprendición o de la injusticia nos sobrecoge. **Es el drama del corazón que quiere amar y ser amado, vivir y compartir, y no morir en soledad.**

**Recorrer el camino de este domingo de Ramos, lleno de mantos y olivos, de ramas de triunfo, de aclamaciones, contrasta con el camino que recorreremos el viernes, cuando el camino de Cristo esté cubierto de insultos y escarnios.** No es fácil la comparación. Cuesta el dolor de la muerte, cuesta sufrir. Nos incomodan estos gritos de hoy cuando pensamos en los gritos de repudio del viernes. Nos parecen una farsa. O esta algarabía al recordar el silencio absoluto y gris de la cruz. La injusticia pesa. Es injusto que aclamen como rey a un hombre que no quiso ser rey de este mundo. Tan injusto como lo serán más tarde la corona de espinas y los latigazos sobre su cuerpo. Es injusto que lo aclamen rey y se alegren, porque la gloria de este mundo es pasajera y no llena el alma. Tan injusto como proclamar rey en la cruz a un hombre acusado injustamente y a punto de morir. Son las paradojas de este día de fiesta. De fiesta porque el corazón no se queda en la oscuridad del viernes sino que vuela casi rápidamente hasta la Gloria del sábado por la noche. Es la alegría de saber que la muerte y la cruz tienen un sentido aunque muchas veces dudemos de todo y no creamos en la luz que ilumina la vida del resucitado. Luz y sombra son parte de nuestra vida. Vivimos la muerte muchas veces y nos alegramos con

<sup>1</sup> Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 53

la vida. La paradoja que nos rodea. El llanto al nacer y al morir. Dos caminos paralelos, el del éxito y el del fracaso, el de las masas que aclaman y el de la soledad del madero. Dos caminos que son las dos partes de un único camino. Nos duele empezar así esta semana. **Pero no tendría que dolernos, es humano, lo que pasa en estos días es muy humano.**

**Muchas veces utilizamos el término humano para expresar nuestra debilidad.** Somos humanos cuando fallamos, cuando no lo hacemos todo bien, cuando no nos da la vida para llegar a todo, cuando experimentamos la derrota. Es humana la reacción de los fariseos que no podrían tolerar la fuerza de una vida plena, verdadera, llena de amor, santa, demasiado divina. Es humana la reacción de los discípulos que con miedo soñaban con la gloria de este mundo. Es humana la actitud de las masas que dudan y se dejan llevar por el momento, hoy aclaman, pronto querrán la crucifixión. Es humana la traición de Pedro, que había querido acompañar al Maestro, aunque Él mismo le había asegurado que todavía no estaba preparado. Es humano su llanto al notar su mirada de misericordia, cuando él acababa de negar a quien tanto amaba. Es humano Judas que tuvo sueños y temió que si seguía a un impostor él mismo lo perdería todo. Son humanos sus dudas y sus miedos. Es humano el dolor de Cristo en Getsemaní, al sentir el peso de la cruz, del pecado, del mal del mundo. Son humanas las dudas de Pilato porque no sabía si estaba haciendo bien y prefirió lavarse las manos. Es humano que Herodes quisiera ver milagros porque lo extraordinario siempre nos conmueve. Es humano que los soldados se sintieran con poder sobre un rey que estaba a punto de ser crucificado y que uno de los ladrones echara en cara a Cristo su falta de poder para vencer la muerte. Es humana la soledad de Cristo en la cruz al sentir el total abandono, al no ver a los suyos a los que amaba, al sentir que el mundo no había comprendido nada. **Es humana la debilidad y el fracaso, el abandono y la soledad. Es humano, todos somos humanos.**

**Pero a veces olvidamos que Cristo, al subir al madero de la cruz, elevó nuestra débil naturaleza humana.** Cristo hizo grande lo humano. Nos llevó junto a su Padre, dignificó nuestra vida. Cristo, desde la cruz, sabe sacar lo mejor de nuestra vida humana. Porque también es humana la actitud de Pedro que está dispuesto a morir con Cristo aunque luego le falten las fuerzas. Y la actitud de Juan que no duda del maestro y está dispuesto a jugarse la vida sin huir. Es humana María que acompaña a su Hijo sin miedo y luego lo abraza callada cuando yace muerto. Es humano el Cirineo que toma sobre sus espaldas el peso de la cruz, cuando él tampoco había hecho nada para merecer eso, porque era un hombre justo. Es humana la Verónica que se acerca sin miedo a Cristo para limpiar su rostro, porque se conmueven sus entrañas de mujer. Es humana la actitud de aquel ladrón que cree cuando todo es oscuro. Y la mirada de Cristo que promete el Paraíso. Es humano ese dolor que clama al Padre y entrega la vida cuando ya todo se ha cumplido. Es humano el heroísmo de aquellos fieles a Cristo que cuidaron sus restos mortales y creyeron contra toda esperanza. Sin duda Cristo elevó nuestra humanidad e hizo dignas nuestras obras pobres. Le dio un valor sobrenatural a nuestro sí débil y sostuvo con sus brazos abiertos nuestras vidas vacilantes. Nos empuja en nuestro dolor humano y nos lleva a amar hasta el extremo. En Cristo somos capaces de lo imposible porque su fuerza se convierte en nuestra fuerza. **Su vida en nosotros hace grande nuestra vida.**

**Es curiosa la mezcla de sentimientos al aclamar a Jesús entrando en Jerusalén.** Hay alegría, pero hay mucha tristeza y miedo. Decía el P. Kentenich: «*El ser humano no puede ser totalmente feliz en la tierra. El hambre de felicidad no es otra cosa que un hambre de Dios y, en última instancia, sólo puede ser saciada en la eternidad*»<sup>2</sup>. Los discípulos soñaban con esa felicidad plena aquí en la tierra. No podían soportar la posibilidad del fracaso. Tenían miedo a perderlo todo, a no ser felices. No sabían lo que podía pasar al entrar en

---

<sup>2</sup> J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, 236

Jerusalén. Temían a los jefes del pueblo. Ellos querían ser felices, pero no sabían que lo que anhelaban en el fondo del alma era esa felicidad eterna que sólo nos da Dios. Ellos sólo podían obedecer a Jesús cuando Él les manda: «*Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, junto al monte de los Olivos, Jesús mandó dos discípulos, diciéndoles: -Id a la aldea de enfrente, encontraréis en seguida una borrica atada con su pollino, desatadlos y traédmelos. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto.*» Y todo esto para que se cumpliese lo que decía el profeta Zacarías: «*Decid a la hija de Sión: "Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila"*». Jesús se sabe ese rey humilde que no es reconocido en su poder ni en su grandeza. Los discípulos tenían miedo: «*Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. La multitud extendió sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada. Y la gente que iba delante y detrás gritaba: -¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!* Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad preguntaba alborotada: -¿Quién es éste? La gente que venía con él decía: -Es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea». Mateo 21, 1-11. Sin embargo, es necesario vivir el presente y dejar de lado los miedos. Por eso son capaces de correr felices detrás de un pollino. Aclaman de forma casi inconsciente al que van a crucificar. Sueñan que ha llegado la verdadera liberación. Los ramos representan esas esperanzas que llenan el alma. El corazón tiene planes y se alegra. La alegría es contagiosa. La esperanza vence al miedo. Sueñan con plenitudes. Piensan que por fin será reconocida la gloria del Mesías. Porque ya no dudan.

**Hoy acompañamos a Cristo al comenzar este camino de Semana Santa con el corazón abierto, con nuestros miedos y alegrías. Cristo es hombre y es Dios.** Hoy escuchamos cómo asume nuestra condición: «*Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.*» Filipenses 2, 6-11. Nosotros queremos acompañarlo en su humanidad, en su fragilidad. Al hacerlo queremos recorrer toda nuestra historia acompañando al Maestro. Colocamos el manto de nuestra vida a sus pies. Esa vida que aparece desnuda ante la cruz, ante los ojos del crucificado. Recorremos nuestros éxitos, las alabanzas que escuchamos tantas veces, las alegrías que hemos compartido. Hoy es el día para ello. ¿Qué nos alegra hoy? Es verdad que son alegrías pasajeras, alegrías de domingo de ramos. Pero, ¡qué bonito es alegrarnos con las cosas pequeñas! ¿Acaso no es pasajera toda alegría en esta tierra? Hay personas que no saben alegrarse con los pequeños detalles de la vida, con una puesta de sol, con un paisaje, con un gesto de amor, con una sonrisa, con una buena conversación. Con esas cosas de los niños que parecen no tener importancia y que marcan la diferencia. Siempre ven lo que todavía falta. Nunca están satisfechas, siempre en tensión. Todo es serio para ellas. Pero hoy es el día para alegrarnos y soñar. Hoy pedimos la capacidad para ver flores en medio del barro, o el agua que brota de una roca. **Pedimos la sencillez que nos haga disfrutar del momento sin miedos, sin bloqueos, sin inseguridades enfermizas.**

**Empezamos la semana más grande del año y muchas veces no somos capaces de empezar a recorrer este camino.** No entendemos la alegría de este domingo que presagia la muerte. Nos asusta, porque sabemos que nuestros miedos son grandes. Nos da miedo seguir a Jesús y recorrer su viacrucis. El suyo es difícil, pero pensar que puede ser el nuestro, nos sobrecoge. Por eso nos cuesta seguir a Jesús hasta el final. Tememos equivocarnos. Decía el Hermano Roger de Taizé: «*Pero, ¿cómo tenerle confianza y seguirle en un compromiso de toda la vida, cuando tienes tanto miedo de equivocarte, de que no sea verdad, y tanto miedo, más tarde de haberte equivocado? Así no se camina. Así no avanzarás. Así no le*

conocerás». Para seguir a Jesús en estos días es necesario dejar de lado nuestra inseguridad y nuestras dudas. Nos asusta seguir a un Cristo que muere abandonado y en la oscuridad. Un Cristo sin poder parece no ser digno de ser seguido. Duele la muerte. Duelen la oscuridad y el silencio de estos días que comenzamos a caminar despacio, con cierta demora, como queriendo evitarlo. Pretendiendo que todo pase rápido, olvidando lo esencial de nuestra vida. Mientras las palabras de Isaías preparan el corazón: «*Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor me abrió el oído. Y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado*». Isaías 50, 4-7. No acabamos de comprender el sentido de este camino a la cruz que nos supera. No queremos recordar nada; sólo revivimos nuestra historia, nuestras cruce y dolores, lo que más nos pesa. Porque si no logramos revivirlo de nada habrá servido vivir bien estos días. Revivimos el camino de Jesús por nuestra vida. Revivimos los ramos que están tendidos a nuestros pies en el camino. Vamos paso a paso. **Pensando, rezando, con el corazón en ascuas. Encendido. O tal vez medio apagado.**

**La debilidad de Jesús nos desconcierta.** Leía hace un tiempo: «*Jesús quería ser seguido en su debilidad. Cuando Jesús le dice: -Ahora puedes. No es que Pedro descubra que su debilidad ya no existe. Descubre que su flaqueza no era obstáculo, que nunca lo sería, que incluso era medio para seguir en el abandono*»<sup>3</sup>. La fiesta de hoy es la fiesta de las paradojas. Entra en Jerusalén entre aclamaciones. Comienza la fiesta que acabará con su vida. Entre los aplausos y gritos de júbilo está presente el odio que lo lleva a la cruz. Cuesta entender la fiesta de hoy y el motivo de nuestra alegría. Sin embargo, cuando meditamos hoy en esta celebración nos damos cuenta de algo importante: estamos celebrando la debilidad de Jesús. El llamado rey entra en un pollino. Su realeza no va a caballo lleno de lujos y soldados que protejan su vida. Es la debilidad que nos desconcierta y atrae. El P. Kentenich dice: «*¿Qué es lo que generalmente más nos molesta? Es el temor a ser bajados de nuestro pequeño trono, el temor de que se nos vea como realmente somos. ¡Fuera las máscaras! Y si conocéis personas que, en este sentido son cien por cien sanas, que o andan buscando un trapo para cubrir su desnudez, que dejan caer sus máscaras, veréis como, con rapidez, estas personas nos caen simpáticas*»<sup>4</sup>. Tiene atractivo la debilidad, la sencillez de la pobreza. La humildad reflejada en los hombres nos atrae sin poder evitarlo. **Ese Cristo pobre nos commueve.**

**Pero cuando vivimos la debilidad en nuestra carne se produce otro efecto.** No nos gusta ser débiles. No queremos la humillación. Las palabras del salmo nos duelen: «*Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre, si tanto lo quiere. Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Se reparten mi ropa, echan a suertes mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; tenedlo, linaje de Israel*». Salmo 21, 8-9. 17-18a. Podemos llegar a aceptar ser humildes. Sin embargo, la humillación injusta y sin motivo, nos desconcierta. No estamos acostumbrados. Nos duele el alma. Siempre somos capaces de ver la injusticia en las cosas que nos ocurren. Nos rebela que haya injusticias en este mundo injusto. Creemos que tenemos derecho a nuestra fama, a nuestros méritos. La ofensa y la difamación nos hieren el alma. Vamos a vivir en esta Semana Santa la mayor injusticia que podemos imaginar. La muerte de un hombre justo que no se defiende, que no huye, que no exige ni reclama. La injusticia sobre todas las injusticias. Nuestro

---

<sup>3</sup> Gabriela Tripani, “¿Por qué no puedo seguirte ahra?”, 6

<sup>4</sup> J. Kentenich, “Desiderio desideravi”, 1963, conferencia 56

corazón también se rebela. **Como el de los discípulos que querían liberar a su Maestro.**

**Hoy nosotros queremos acompañar a Cristo en su camino.** Queremos caminar a su lado, con miedo, con nuestro propio miedo. Con nuestra debilidad y nuestras miserias. No somos espectadores de una realidad que ya conocemos, de una historia que llevamos impresa en nuestra historia de vida. No somos espectadores de una procesión, espectadores que solo miran; somos parte de esta historia de salvación, somos protagonistas. Estamos unidos a ese Cristo que camina hacia el Calvario. Somos carne de su carne porque Él nos ha elevado, nos ha tomado en sus brazos para llevarnos a lo más alto. No queremos perdernos un detalle y por eso queremos vivir cada momento con el Señor. Miramos a Cristo en Betania, despertando a la vida a su amigo Lázaro, porque necesitaba un amigo junto a Él que luego reuniera a sus discípulos. Lo vemos entrando en Jerusalén en honor y majestad, como si su reino fuera de este mundo. Lo vemos yendo al templo buscando el silencio y encontrando sólo cambistas y vendedores. Lo vemos caminando entre la gente en esa Jerusalén abarrotada, llevando en su pecho el dolor de todo lo que estaba a punto de suceder. Lo vemos ya con sus amigos, en esa cena tan anhelada. Él había querido comer con los suyos, lo había deseado tanto. Lo vemos enfrentando a Judas, a quien amaba y esperando que encontrara una luz que lo condujera a su salvación. Lo vemos lavando los pies de los suyos, cuando ellos no entendían el sentido de la humillación. Lo vemos compartiendo el pan y el vino, su cuerpo y su sangre. Lo vemos dando la vida para siempre sin que lleguen a comprender todavía sus palabras. Lo vemos buscando el silencio de la noche en Getsemaní, donde quería rezar con los suyos. Pero ellos no eran capaces de aguantar en vela. Lo vemos orando y sufriendo, sudando sangre, sintiendo el peso de todo el mal del mundo, el peso del pecado del hombre. Lo vemos débil, casi incapaz de cargar con tanto peso. **Lo vemos entregando la vida y aceptando el cáliz que su carne rechazaba.**

**Lo vemos en la noche interminable de juicios injustos.** De soledad y torturas, de desprecios y odio. Lo vemos coronado de espinas, flagelado, herido, cubierto de sangre. La soledad del pozo. La noche. Abandonado. Lo vemos callado ante Herodes, porque no iba a hacer ningún milagro. Lo vemos ante Pilato siendo testigo de una verdad que el hombre no comprende. Lo vemos elegido frente a Barrabás y condenado por los que unos días antes lo aclamaban. Lo vemos camino al Calvario, cargado con un madero, tropezando y cayendo a cada paso. Lo vemos acompañado por un hombre también justo, elegido al azar para ayudar a un condenado. Lo vemos mirando a su Madre. Miradas que se cruzan. La esperanza en medio del desconcierto: «*Yo hago todo nuevo*». Lo vemos junto a la Verónica que vence el miedo para secar su rostro y junto a las mujeres que lloran al ver su muerte. Lo vemos clavado en el madero, el dolor de los clavos, la agonía del sufrimiento. Lo vemos alzado sobre el mundo, convertido en señal de esperanza para el hombre. Lo vemos con sed, con una sed más profunda. Lo vemos perdonándonos porque no sabemos lo que hacemos. Lo vemos señalando el camino al paraíso a un hombre que ve a Dios ensangrentado. Lo vemos entregándonos a su Madre, que lo consuela fiel al pie del madero. Lo vemos mirando a los que ama, a los que contemplan su cuerpo, a Juan, a su Madre, a las otras mujeres. Lo vemos clamando a Dios en la soledad del dolor más inhumano. Lo vemos entregando la vida en un suspiro. Lo vemos muerto y en brazos de su Madre. Lo vemos enterrado entre los ricos, cuando había muerto entre los malhechores. Acompañamos a Jesús en el camino de la vida. Porque la vida y la muerte siempre van unidas, como la luz y la noche. Pero este sendero que recorremos de su mano es el camino de la vida. El corazón se apacigua. ¿En qué momento de este Viacrucis hemos sentido que el corazón se llenaba de paz? Buscamos a Jesús camino a la vida, a la muerte que trae la esperanza. Bebemos de la fuente en estos días de la semana más grande que Dios nos regala. Somos parte de esta historia. **No miramos desde lejos, Dios recorre nuestro viacrucis, Cristo está en nuestra vida.**